

—¡Si Judith tan sólo se casara! —Solía suspirar la señora Theodora Whitney con dolor.

Ahora bien, no había ninguna razón por la cual Judith debiera casarse, a menos que quisiera. Pero Judith tenía veintisiete años y la señora Theodora consideraba que quedar soltera era una terrible desgracia.

—Jamás hubo una solterona en nuestra familia, desde el tiempo en que sabemos algo de ella —se lamentaba—. ¡Y pensar que ahora habrá una! Nos rebaja al nivel de los McGregor, que siempre se caracterizaron por tener viejas solteronas en la familia.

Judith contestaba con buen humor a los lamentos de su tía. A veces discutía el tema con mucha tranquilidad.

—¿Por qué tienes tanta prisa por deshacerte de mí, tía Theo? Creo que las dos estamos muy cómodas viviendo juntas y sabes muy bien que me extrañarías mucho si yo me fuese.

—Si eligieras el hombre adecuado no sería necesario que te fueses muy lejos —dijo la señora Theodora con tono significativo—. Y de todos modos, preferiría soportar toda la soledad del mundo antes de tener una solterona en la familia. Ahora está todo muy bien porque eres joven y bonita y tienes muchos amigos a tu entera disposición. Pero eso no durará mucho más y si sigues perdiendo el tiempo, llegará un buen día en que te despertarás y te encontrarás con que ya se te ha pasado la hora de elegir. Tu madre siempre estaba orgullosa de tu linda apariencia cuando eras pequeña. Yo le decía que no debía enorgullecerse. En nueve de cada diez casos, las jóvenes bonitas no se casan tan bien como las jóvenes comunes y corrientes.

—Todavía no estoy dispuesta a casarme —manifestó Judith con sequedad. Siempre que su tía hacía alguna referencia al pretendiente «adecuado», Judith perdía la calma. La esencia del problema estaba en que el pretendiente «adecuado» de la señora Theodora y, el pretendiente «adecuado» de Judith eran dos personas diferentes.

A los jóvenes del valle de Ramble les gustaba asistir a los bailes con Judith, a pesar de que pronto sería considerada una solterona. Su belleza era innegable y los Stewart tardaban en llegar a la madurez; por lo tanto, a los veintisiete años, la piel blanca, los labios rojos y sonrientes y el brillante cabello de color bronce de Judith conservaban

todo su esplendor. Además era «alegre» y la alegría contribuía a ganar popularidad en el valle de Ramble.

De todos los admiradores de Judith, sólo Eben Rey gozaba del aprecio de la señora Theodora. Era dueño de la granja vecina, tenía una buena posición y era tan feo que Judith solía decir que cada vez que lo miraba sentía un agudo dolor en los ojos.

Bruce Marshall, el hombre «adecuado» de Judith, era buen mozo pero la señora Theodora lo miraba con ojos de desaprobación. Era dueño de una pequeña granja construida en piedra en el punto más distante del valle de Ramble y tenía fama de ser aficionado a muchas cosas, menos a trabajar. Sin duda, Judith tenía suficiente capacidad y energía para hacer el trabajo de dos personas, pero la señora Theodora detestaba a los haraganes. Le ordenó a Judith que no le diera esperanzas y Judith obedeció. Por lo general, Judith siempre la obedecía. Pero aunque renunció a Bruce Marshall, no se comprometería con Eben Rey ni con ningún otro y todos los rezongos de la tía Theodora resultaban inútiles.

La tarde en que la mujer de Tony Mack fue a visitarlas, tía Theodora estaba más afligida que nunca. El día anterior se había casado Ellie McGregor: Ellie, que tenía la misma edad que Judith y ni siquiera era la mitad de bonita. Desde ese momento, la señora Theodora no dejó de sermonear a Judith.

—Es preferible hablarles a los árboles del valle de allí abajo —se quejó la señora Theodora—. Esta muchacha es tan obstinada y rebelde; no le importan en absoluto mis sentimientos.

Tía Theodora no hizo este comentario a espaldas de Judith. La joven estaba parada junto a la puerta abierta absorbiendo la belleza vaga y exquisita de aquella tarde primaveral. La casa Whitney coronaba un cerro desnudo que miraba hacia abajo, a los espacios brumosos, adornados con abetos jóvenes que adquirirían un color verde dorado bajo la luz tenue del sol. Los campos se veían desnudos y humeantes, si bien los senderos y los lugares llenos de sombra se hallaban cubiertos de nieve húmeda. El rostro de Judith estaba radiante de alegría ante la vida misma y se asomó hacia afuera para enfrentar el viento que soplaba desde el valle, fresco, bailarín y resinoso, por las fragancias de los abetos y de los musgos húmedos.

Al oír las palabras de su tía, la expresión radiante de su rostro desapareció. Escuchó con la mirada vuelta hacia el valle; en los ojos, el fuego ardiente de la cólera contenida. La paciencia de Judith estaba llegando al límite. En los últimos días la habían acosado muchas veces. Y su tía le estaba confiando todo a la mujer de Tony Mack, ¡la charlatana más conocida del valle de Ramble y fuera de él también!

—A la noche no puedo dormir porque me preocupa pensar qué pasará con ella cuando yo ya no esté —continuó la señora Theodora con desconsuelo—. Tendrá que vivir aquí

totalmente sola; una solterona solitaria y marchita. Y justo ella, señora Mack, que podría haber elegido a su gusto. Lo digo aunque yo no debería decirlo. Usted debe sentirse muy agradecida por el hecho de que todas sus hijas ya están casadas, sobre todo porque ninguna era demasiado bonita. Algunas personas tienen mucha suerte. Estoy cansada de hablarle a Judith. La gente pronto va a empezar a decir que en realidad nadie la cortejó. ¡Con todos sus pretendientes! Pero ella simplemente no quiere casarse.

—¡Me casaré!

Judith giró sobre el escalón, que estaba cálido por los rayos del sol, y entró. Los ojos negros echaban chispas y tenía las mejillas redondas enrojecidas.

—Jamás vi un carácter semejante —informó la mujer de Tony más tarde—. Aunque no es para asombrarse, ya que Theodora se comportó de una manera muy ofensiva.

—¡Me casaré! —repitió Judith tempestuosamente—. Estoy cansada de que me sermonees día tras día. Me casaré con el primer hombre que me lo pida. ¡Y lo haré aunque sea con el viejo viudo de Delane! ¿Estás conforme ahora, tía Theodora?

Los procesos mentales de la señora Theodora nunca fueron lentos. Dejó caer el tejido y al inclinarse para levantarlo ya había decidido lo que iba a hacer. Sabía que Judith cumpliría con su palabra, como solían hacerlo los Stewart, y comprendió que debía acomodar las velas según la nueva dirección del viento.

—Sí, me parece muy bien, Judith —dijo con calma—. Puedes casarte con el primer hombre que te lo pida; yo no diré nada en contra.

El color desapareció del rostro de Judith y se puso pálida como las cenizas. En cuanto pronunció aquellas palabras atolondradas, se arrepintió, pero ahora no podía echarse atrás. Salió de la cocina sin dirigir la mirada a su tía ni a la fascinada mujer de Tony y subió corriendo las escaleras hasta su pequeña habitación, desde donde se podía apreciar todo el valle de Ramble. El día estaba cálido bajo el sol de marzo y, al chocar contra el cristal de las ventanas, las ramas deshojadas de la enredadera que cubría el extremo de la casa producían un alegre tintineo que acompañaba la música del viento.

Judith se sentó en su pequeña mecedora y puso su fino mentón entre las manos. Abajo, en el valle, más allá de los abetos del cerro de los McGregor y del espejo azul de la laguna de los Cranston, la casita gris de Bruce Marshall se asomaba por sobre un semicírculo de abedules de tallo blanco. Bruce, a quien no veía desde Navidad, se había enojado porque en una ocasión ella no le permitió que la llevara hasta la casa después de misa. Más tarde, escuchó el rumor de que solía visitar a Kitty Leigh en el valle Upper.

Judith contempló con ojos sombríos la casa de los Marshall. Siempre había querido a ese viejo lugar pintoresco y especial, tan diferente de todas las casas del próspero valle, flamantes pero comunes. No sabía si en realidad amaba a Bruce Marshall, pero sí sabía que adoraba esa casa irregular, llena de recovecos, con el frontispicio cubierto con la misma hiedra que la abuela de Bruce Marshall había traído de Inglaterra. Judith la comparó con la casa de Eben Rey, de color amarillo chillón con toda su magnificencia desnuda y chocante e hizo un gesto de rechazo.

«Desearía que Bruce se enterara de todo esto —pensó y, a pesar de estar sola, se ruborizó ante la idea—. Aunque si es verdad que va a visitar a Kitty Leigh no creo que le importe. Y seguramente tía Theo hará cualquier cosa con tal de avisarle a Eben. ¿Qué diablos me hizo decir semejante tontería? Allí va la mujer de Tony, ansiosa por hacer circular ese chisme tan jugoso».

De hecho, la mujer de Tony se fue sin aceptar la invitación de tía Theodora a quedarse a tomar el té: tenía mucha urgencia por contar su historia. Y en ese preciso instante, la señora Theodora estaba en el patio de la cocina impartiendo instrucciones a Potter Vane, el muchachito de doce años que le cortaba la leña y le hacía algunos otros trabajitos.

—Potter —le dijo con entusiasmo—, corre hasta la casa de los Rey y dile a Eben que venga para aquí cuanto antes, no importa qué esté haciendo. Dile que quiero verlo por algo de suma importancia.

La señora Theodora creyó que había dado una pincelada magistral.

«Es un muy buen candidato —pensó con aire de triunfo, mientras recogía las brasas para preparar el fuego para el té—. Si Judith se entera de que Eben está aquí, tal vez se encierre en la habitación y se niegue a bajar. En ese caso, lo conduciré hasta la puerta de la habitación y lo obligaré a pedirle matrimonio a través de la cerradura. Nadie puede con Theodora Whitney».

Pero ¡ay sorpresa! Diez minutos más tarde, Potter volvió con la mala noticia de que Eben no estaba en la casa.

—Se fue a Wexbridge hace media hora, me dijo la mamá. Prometió que le avisará no bien llegue.

La señora Theodora tuvo que contentarse con eso, pero estaba preocupada. Conocía la habilidad de la mujer de Tony Mack para hacer circular las noticias. ¿Qué pasaría si Bruce Marshall se enteraba antes que Eben?

Aquella tarde, la tienda de Jacob Plowden en Wexbridge estaba atestada de hombres, sentados sobre barriles y mostradores o apiñados alrededor de la estufa; el aire de

marzo refrescaba mucho a medida que el sol comenzaba a bajar por el cielo apacible que cubría los cerros del valle de Ramble. Eben Rey estaba junto a un barril en un rincón. No tenía prisa por volver a la casa; le encantaban los chismes y en las tiendas de Wexbridge los chismes abundaban. Ya había escuchado todas las noticias que circulaban en la tienda de Peter Stanley al otro lado del puente y ahora quería escuchar lo que se decía en la de Plowden. Allí también estaba Bruce Marshall, comprando comestibles. Lo estaba atendiendo Nora Plowden, a quien le agradaba mucho atender, si bien no era muy tolerante con los clientes.

—¿Cómo están las calles del valle, Marshall? —preguntó un hombre de Wexbridge entre dos escupitajos cargados de tabaco.

—Mal —respondió Bruce brevemente—. Otro día caluroso y no podremos andar en trineo.

—¿Se puede cruzar el arroyo de Malley? —preguntó Plowden.

—No, Jack Carr estuvo allí hace tres días y casi pierde su yegua. Yo vine por el camino principal —respondió Bruce.

En ese momento, la puerta se abrió y entró Tony Mack. Apenas la cerró, le dio tal ataque de risa que se dobló en dos. Tenía la cara enrojecida por la risa.

—¿Está loco este hombre? —preguntó Plowden, quien nunca había visto al magro de Tony entrar de esa manera.

—¿Loco? —replicó Tony—. Ustedes también se reirán cuando lo sepan. ¡Qué gracioso! ¡Jajajajaja! Theodora Whitney la fastidió tanto a Judith Stewart con el asunto de que es una vieja solterona que Judith se enfureció y juró que se casaría con el primer hombre que se lo pida. ¡Jajajajaja! Cumpliré con su palabra; no por nada es la hija del viejo Joshua Stewart. Cuando decía algo, lo cumplía aunque le costara la vida. ¡Si yo fuera joven! ¡Jajajajajaa!

Bruce Marshall giró sobre sus talones. Tenía el rostro encendido y, si las miradas mataran, Tony Mack habría caído muerto en medio de su risa.

—No te molestes en hacer el paquete —le dijo a Nora—. No puedo perder tiempo.

Cuando se dirigía hacia la puerta, Eben Rey lo alcanzó. Detrás de Bruce y Eben se oyó una explosión de risa de los hombres allí reunidos. Todos corrieron hacia afuera al darse cuenta de que estaba por comenzar una carrera. Sólo Tony permaneció adentro, incapaz de controlar la risa.

El caballo de Eben Rey estaba atado frente a la puerta. No tenía más que subirse y

partir. Bruce había dejado la yegua junto a la casa de Billy Bender, al otro lado del puente, porque tenía pensado pasar allí la noche. Sabía que eso lo ponía en desventaja, pero caminó con paso largo y con una expresión decidida en el hermoso rostro. Quince minutos más tarde, pasó por delante de la tienda; la yegua gris avanzaba con trote enérgico. Los hombres reunidos frente a la tienda de Plowden lo alentaron; todos estaban a favor de Bruce, ya que Rey no era tan popular. Tony salió y gritó: «Suerte, hermano». Después comenzó a reír con renovadas fuerzas. ¡Qué alboroto! ¡Y él, Tony, lo había iniciado! Iba a ser una historia para contar durante muchos años.

Con los labios apretados y con un resplandor metálico brillando por primera vez en los ojos grises y soñadores, Marshall azuzó a Lady Jane para subir al cerro de Wexbridge. Desde la cima eran ocho kilómetros hasta el valle de Ramble por la ruta principal. Vio a Eben Rey adelante, a un kilómetro y medio, avanzando a través del barro, del lodo, de los médanos y de los montículos de nieve hundida, tan rápido como se lo permitía su caballo trotador de patas bien proporcionadas. Por lo general, Eben era muy cuidadoso con sus animales, pero estaba explotando todas las fuerzas de Bay Billy.

Por un momento, Bruce vaciló. Luego, tomó el atajo del arroyo de Malley. Estaba arriesgando la vida de Lady Jane y tal vez su propia vida, pero era su única posibilidad. Nunca podría alcanzar a Bay Billy por la ruta principal.

—Haz todo lo posible, Lady Jane —murmuró y Lady Jane se arrojó por la empinada ladera a través del barro pegajoso de un campo arado, como dispuesta a hacer lo que acababan de pedirle.

Más allá del campo había un barranco lleno de abetos, por donde cruzaba el arroyo Malley. Si lograba cruzarlo, se ahorraría unos seis kilómetros. El hielo estaba negro y quebradizo. A la izquierda, estaba el pozo donde la yegua de Jack Carr había luchado contra la muerte. Bruce guiaba a Lady Jane hacia arriba. La única manera de cruzar —si cabía la posibilidad de hacerlo— era entre la depresión del arroyo Malley y la antigua ruta cubierta de hielo. Lady Jane se desvió de la orilla con un gesto brusco y relinchó.

—Adelante, amiga —dijo Bruce con voz tensa. La yegua avanzó de mala gana; con la sagacidad de los gatos prestaba atención a cada uno de sus pasos. Una vez que apoyó las patas en el arroyo congelado, Bruce tomó las riendas con manos firmes, sin temblar. Minutos después, estaba en la orilla opuesta. Al mirar hacia atrás, Bruce vio que el hielo se partía justo donde Lady Jane había dejado las huellas y que el agua negra comenzaba a surgir sonoramente a la superficie.

Pero la carrera aún no estaba definida. Tras cruzar el arroyo, tenía sólo las mismas posibilidades que Eben Rey. Y la ruta que se extendía delante de él estaba en peores condiciones que el camino principal. Había poca nieve y algunos pantanos peligrosos.

Pero Lady Jane era buena para cruzarlos; no debía preocuparse.

Cuando la masa roja del sol comenzó a acariciar los cerros boscosos del valle, la señora Theodora vio, desde la puerta del establo, dos figuras que se acercaban. Una de ellas venía por la ruta principal a toda prisa, a través de los médanos y de la nieve derretida. Un mal paso podía arrojar el caballo al suelo. La otra venía a toda velocidad por el camino que conducía al arroyo, a través de la tierra de Tony Mack, donde no había ningún vestigio de nieve cubriendo las enormes raíces con las que tropezaba.

La señora Theodora los observó por un momento. Luego reconoció a los dos jinetes. Dejó caer el balde de leche y corrió a la casa y mientras corría, pensaba. Sabía que Judith estaba sola en la cocina. Si Eben Rey llegaba primero, mejor; pero si Bruce Marshall ganaba la carrera, primero debería enfrentarse con ella, con la señora Theodora.

—No le propondrá casamiento a Judith mientras yo esté cerca —dijo con voz entrecortada—. Lo conozco... es muy tímido, mientras que a Eben no le importará. Le avisaré con un guiño.

Potter Vane estaba cortando leña delante de la puerta. Cuando la señora Theodora se dio cuenta de que Potter representaba un obstáculo más para Marshall, lo tomó del brazo sin ninguna ceremonia y lo arrastró, con hacha y todo, por la puerta hasta la cocina, en el preciso instante en que Bruce Marshall y Eben Rey entraban al patio pisándose los talones. La esbelta pata de Bay Billy tenía una herida profunda y la maloliente Lady Jane temblaba como una hoja. La fiel y pequeña yegua había cruzado esa extensión de campo pegajoso y había traído a su dueño justo a tiempo, pero estaba casi exhausta.

Los dos se apearon de los trineos y corrieron hacia la puerta. Bruce Marshall fue el primero en poner el pie dentro de la habitación e irrumpió en la cocina con su rival pegado a los talones. La señora Theodora permaneció desafiante en el medio de la habitación, aún teniendo del brazo al aturdido y consternado Potter. En un rincón estaba Judith que se apartó de la ventana, por la que había mirado el final de la carrera. Estaba pálida y tensa por la excitación. En esos pocos minutos agotadores había leído en su corazón, como si se tratara de un libro abierto, que amaba a Bruce Marshall. Y cuando Bruce saltó el umbral, sus ojos se encontraron con los grises y ardientes ojos de Bruce.

—Judith, ¿te casarías conmigo? —dijo Bruce sin aliento, antes de que Eben encontrara a la joven, ya que primero miró a la señora Theodora y al contorsionado Potter.

—Sí —dijo Judith. Rompió a llorar con nerviosismo y se dejó caer en una silla.

La señora Theodora soltó a Potter.

—Puedes volver a tu trabajo —dijo con voz apagada. Salió detrás de él y Eben Rey la siguió. Al llegar al escalón, cerró la puerta.

—Confía en un Rey y llegará tarde —dijo con amargura e injustamente.

Eben volvió a su casa con Bay Billy. Potter se quedó mirándolo hasta que la señora Theodora le ordenó que entrara la yegua de Marshall al establo y que la frotara para limpiarla.

—Bueno, después de todo, Judith no será una vieja solterona —se consoló.